1870 1960

EN CONMEMORACION
DEL 90° ANIVERSARIO
DEL NACIMIENTO DE LENIN

LENIN

SOBRE
LA REVOLUCION PROLETARIA
Y LA DICTADURA
DEL PROLETARIADO

LENIN

SOBRE

LA REVOLUCION PROLETARIA

Y LA DICTADURA

DEL PROLETARIADO

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS

PEKIN 1960

A base de la versión china publicada
en 1960 por la Editorial del Pueblo

Impreso en la República Popular China
Printed in the People's Republic of China

I. EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE TODA REVOLUCION ES EL PROBLEMA DEL PODER DEL ESTADO

EL PASO DEL PODER DE MANOS DE UNA A MANOS DE OTRA CLASE ES EL PRIMER RASGO, EL PRINCIPAL, EL FUNDAMENTAL DE LA REVOLUCION

El problema fundamental de toda revolución es el problema del Poder del Estado. Sin comprender claramente esto, no será posible intervenir conscientemente en la revolución, ni mucho menos dirigirla.

De «La dualidad de poderes» (*Pravda*, N.° 28, 9 de abril de 1917)

El paso del Poder del Estado de manos de una a manos de otra *clase* es el primer rasgo, el principal, el fundamental de la *revolución*, tanto en el significado rigurosamente científico, como en el político-práctico de este concepto.

De «Cartas sobre táctica» (8—13 de abril de 1917)

No es bastante decir que la lucha de clases llega a ser verdadera, consistente y desarrollada sólo cuando abarca la esfera de la política. También en la política es posible limitarse a pequeños detalles o penetrar más profundamente, justo hasta la verdadera esencia. El marxismo reconoce la lucha de clases como plenamente desarrollada, «a escala nacional», *únicamente* cuando ella no sólo abarca la política sino cuando también en la política toma lo más esencial: la estructuración del poder del Estado.

De «Sobre la comprensión liberal y marxista de la lucha de clases» (Publicado en *Prosveschenie*, N.° 5, mayo de 1913)

El problema principal de toda revolución es indudablemente el problema del poder del Estado. Lo que decide todo es la cuestión de en las manos de qué clase está el poder. Y cuando el diario del principal partido de gobierno en Rusia, el *Dielo Naroda,* se quejaba hace poco (en el N.° 147), de que debido a las controversias sobre el poder, tanto el problema de la Asamblea Constituyente como el problema del pan estaban olvidados, uno tendría que haber respondido a estos socialrevolucionarios: Cúl-

pense a ustedes mismos. Porque son las vacilaciones y la indecisión de *su* partido las más dignas de culpa tanto por los prolongados «cambios del gabinete» y las interminables postergaciones de la Asamblea Constituyente como por el socavamiento por los capitalistas de las medidas proyectadas y adoptadas de un monopolio de los cereales y para asegurar alimentos para el país.

El problema del poder no puede ser evadido ni dejado a un lado, porque constituye la cuestión fundamental que determina *todo* en el desarrollo de una revolución, en su política exterior e interior.

De «Uno de los problemas fundamentales de la revolución» (Publicado en *Rabochii Put,* N.° 10, 27 de septiembre de 1917)

TODA LEY, TODO ELEGIDO ES CERO SI NO POSEE EL PODER

La Conferencia de los mencheviques-neoiskristas ha incurrido en el mismo error en que incurren constantemente los liberales, las gentes de «Osvobozhdenie». Estas gentes lanzan frases sobre la Asamblea «Constituyente», cerrando púdicamente

los ojos ante la conservación de la fuerza y del Poder en las manos del zar, olvidando que para «constituir» hay que tener la *fuerza* de constituir. La Conferencia ha olvidado asimismo que de la «decisión» de unos representantes cualesquiera, hasta el cumplimiento de dicha decisión, hay un gran trecho. La Conferencia también ha olvidado que mientras el Poder quede en las manos del zar, cualquier decisión de unos representantes cualesquiera no es más que charlatanismo huero y mezquino, como resultaron serlo las «decisiones» del parlamento de Francfort, famoso en la historia de la revolución alemana de 1848. Marx, representante del proletariado revolucionario, en su «Nueva Gaceta del Rin», fustigaba precisamente con sarcasmos implacables a los «osvobozhdentsi» liberales de Francfort porque pronunciaban bellos discursos, tomaban toda clase de «decisiones» democráticas, «instituían» toda clase de libertades, pero, en la práctica, dejaban el Poder en manos del rey, no organizaban la lucha armada contra las fuerzas militares de que disponía este último. Y mientras los «osvobozhdentsi» de Francfort discurseaban, el rey esperó el momento oportuno, afianzó sus fuerzas militares, y la contrarrevolución, apoyándose en la fuerza real, infligió una

derrota rotunda a los demócratas con todas sus magníficas «decisiones».

De «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática» (Junio — julio de 1905)

La revolución enseña. Da a todas las clases del pueblo y a todos los pueblos de Rusia excelentes lecciones de cosas *acerca de la esencia de la constitución.* La revolución enseña presentando, en su más obvia y palpable evidencia, las tareas inmediatas de la política que requieren solución, obligando así a las masas del pueblo a sentir profundamente estas tareas, convirtiendo en imposible la propia existencia del pueblo a menos que esas tareas sean resueltas, desenmascarando con los hechos reales la inutilidad de todo camuflaje, excusas, promesas y confesiones. «Nos ha sido dado todo, pero no tenemos nada». Porque nos «han sido dadas» sólo promesas, porque no tenemos verdadero poder. Hemos llegado hasta la misma libertad, hemos obligado a todos y a cada uno, incluso al zar, a reconocer la necesidad de la libertad. Pero lo que necesitamos no es el reconocimiento de la libertad sino la verdadera libertad. Lo que necesitamos no es

un pedazo de papel prometiendo derechos legislativos a los representantes del pueblo. Necesitamos la verdadera autocracia del pueblo. Mientras más nos acercamos a ella, más intolerable se volvió su ausencia. Mientras más seductores los manifiestos del zar, más insoportable el poder del zar.

La lucha se aproxima a su desenlace, a la solución del problema de si el poder verdarero seguirá en las manos del gobierno zarista. En lo que se refiere al reconocimiento de la revolución, todos la reconocen ya. Fue reconocida hace ya bastante tiempo por el Sr. Struve y los «osvobozhdentsi», y ha sido ahora reconocida por el Sr. Witte, reconocida por Nicolái Romanov. Os prometo todo lo que queráis, dice el zar, dejad sólo el poder en mis manos y permitidme realizar mis promesas por mí mismo. A esto es lo que se reduce el manifiesto del zar y es comprensible que no pudiera sino empujar hacia la lucha resuelta. Doy todo, excepto el poder, declara el zarismo. Todo es ilusión, excepto el poder, responde el pueblo revolucionario.

De «La aproximación del desenlace» (Publicado en *Proletarii*, N.º 25, 16 de noviembre de 1905)

El pueblo está convencido *por experiencia* de que la representación popular es *cero* si no está dotada de todo el poder, si ella es convocada por el viejo gobierno, si el viejo gobierno permanece intacto, lado a lado con ella. El curso objetivo de los acontecimientos pone en el orden del día no el problema de redactar de esta o aquella manera las leyes o la constitución, sino el problema del *poder*, el verdadero poder. Toda ley, todo elegido es *cero* si no posee el poder.

De «La disolución de la Duma y las tareas del proletariado» (Julio de 1906)

EL CORONAMIENTO DE LA MISION REVOLUCIONARIA DEL PROLETARIADO EN LA HISTORIA ES LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Nuestro Partido se coloca firmemente en el punto de vista de que el papel del proletariado es el *papel de dirigente* en la revolución democrático-burguesa, que llevarla hasta el fin exige la *acción conjunta* del proletariado y el campesinado, que sin *la conquista del poder político* por las clases revolucionarias no puede haber victoria. El abandono de estas verdades condena inevitablemente a los so-

cialdemócratas a la vacilación, al «movimiento sin objetivo», incluso a la prédica de compromisos sin principios de vez en cuando y, en la práctica, esto significa precisamente ser un prisionero de los demócratas-constitucionalistas, esto es, el vasallaje de la clase obrera a la burguesía liberal-monárquica, contrarrevolucionaria.

De «El objetivo de la lucha del proletariado en nuestra revolución» (Publicado en *Sotsial-Demokrat*, N.os 3 y 4, 9 y 21 de marzo de 1909)

Para realizar esta revolución social, el proletariado debe conquistar el poder político que lo convertirá en dueño de la situación y le permitirá remover todos los obstáculos que permanecen en el camino de su gran objetivo. En este sentido, la dictadura del proletariado es la condición política necesaria de la revolución social.

De «Proyecto de programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia» (Finales de enero — comienzos de febrero de 1902)

«El Estado, es decir, el proletariado organizado como clase dominante»: esta teoría de Marx se halla

inseparablemente vinculada a toda su doctrina acerca de la misión revolucionaria del proletariado en la historia. El coronamiento de esta misión es la dictadura proletaria, la dominación política del proletariado.

De «El estado y la revolución» (Agosto—septiembre de 1917)

MARXISTA SOLO ES EL QUE HACE EXTENSIVO EL RECONOCIMIENTO DE LA LUCHA DE CLASES AL RECONOCIMIENTO DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Lo fundamental en la doctrina de Marx es la lucha de clases. Así se dice y se escribe muy frecuentemente. Pero no es exacto. De esta inexactitud se deriva con gran frecuencia la tergiversación oportunista del marxismo, su falseamiento en un sentido aceptable para la burquesía. En efecto, la teoría de la lucha de clases *no fue* creada por Marx, *sino* por la burguesía, *antes* de Marx, y es, en términos generales, *aceptable* para la burguesía. Quien reconoce *solamente* la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa.

Circunscribir el marxismo a la teoría de la lucha de clases es limitar el marxismo, tergiversarlo, reducirlo a algo que la burguesía puede aceptar. Marxista sólo es el que *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado.* En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués adocenado. En esta piedra de toque es en la que hay que contrastar la comprensión y el reconocimiento *real* del marxismo. Y nada tiene de extraño que cuando la historia de Europa ha colocado *prácticamente* a la clase obrera ante tal cuestión, no sólo todos los oportunistas y reformistas, sino también todos los «kautskianos» (gentes que vacilan entre el reformismo y el marxismo) hayan resultado ser miserables filisteos y demócratas pequeñoburgueses, *que niegan* la dictadura del proletariado.

Ibid.

Si el camarada Crispin dice ahora que la dictadura del proletariado no es una cosa nueva y añade: «Nosotros hemos estado siempre por la toma del poder político», eso demuestra que está eludiendo la esencia del problema. La toma del poder político está reconocida, pero la dictadura no. Toda la literatura socialista — no sólo la alemana, sino la francesa y la inglesa — prueba que los dirigentes de los partidos oportunistas (por ejemplo MacDonald en Inglaterra) están por la toma del poder político. Todos son sinceros socialistas — no riáis — ¡pero se oponen a la dictadura del proletariado! Puesto que tenemos un buen partido revolucionario digno de ser llamado comunista, éste debe realizar la propaganda de la dictadura del proletariado para distinguirla de las viejas concepciones de la II Internacional. Esto es lo que el camarada Crispin oscureció y ocultó, cometiendo por lo tanto el error fundamental característico de todos los adictos a Kautsky.

Dé «II Congreso de la Internacional Comunista: Discurso sobre las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista» (30 de julio de 1920)

Los longuetistas siguen siendo, en la práctica, reformistas tales como antes, que encubren su reformismo con frases revolucionarias y emplean la nueva expresión «dictadura del proletariado» sólo como una frase revolucionaria. Tales dirigentes, igual que los dirigentes del Partido Socialdemócrata

Independiente de Alemania y los dirigentes del Partido Laborista Independiente en Inglaterra, no son necesarios al proletariado. Con semejantes dirigentes, el proletariado no puede realizar su dictadura.

Reconocer la dictadura del proletariado no significa: a toda costa, en *cualquier* momento, lanzarse en ataques tempestuosos a la insurrección. Esto es insensato. Para un levantamiento exitoso, es necesaria una preparación prolongada, diestra y tenaz, que demanda grandes sacrificios.

Reconocer la dictadura del proletariado significa: llevar a cabo un rompimiento resuelto, implacable y sobre todo, completamente consciente y completamente consistente, con el oportunismo, el reformismo, la indecisión y la evasividad de la II Internacional; un rompimiento con los dirigentes que *no pueden menos de* continuar la vieja tradición, con los viejos (no en edad sino en métodos) parlamentarios, funcionarios de sindicatos, de cooperativas, etc.

Debemos romper con ellos. Compadecerlos es criminal: significa traicionar por los intereses insignificantes de diez o cien mil personas, los intereses fundamentales de decenas de millones de obreros y pequeños campesinos.

Reconocer la dictadura del proletariado significa: transformar radicalmente el trabajo diario del Partido, ir abajo, a aquellos millones de obreros, *braceros* y pequeños campesinos que no pueden ser librados de los desastres del capitalismo y la guerra sin *Soviets*, sin el derrocamiento de la burguesía. Explicar esto concreta, sencilla y claramente, a las masas, a las decenas de millones, decirles que *sus* Soviets deben tomar *todo* el poder, que su vanguardia, el partido del proletariado revolucionario, debe *dirigir* la lucha: esto es lo que es la dictadura del proletariado.

De «Notas de un publicista» (14 de febrero de 1920)

II. HAY QUE LUCHAR POR DESTRUIR TODA LA VIEJA MAQUINA DEL ESTADO, PARA QUE EL MISMO PROLETARIADO ARMADO SEA EL GOBIERNO

HACE FALTA ROMPER Y DESTRUIR LA MAQUINA DEL ESTADO BURGUES

En el siguiente pasaje de su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte,* Marx hace el balance de la revolución de 1848 a 1851, respecto a la cuestión del Estado, que es la que aquí nos interesa:

«. . . Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851» (día del golpe de Estado de Luis Bonaparte) «había terminado la mitad de su labor preparatoria; termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección *el poder ejecutivo,* lo reduce a su más pura

expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco *contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción*» (subrayado por nosotros). «Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!

Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa máquina de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar». La primera revolución francesa desarrolló la centralización, «pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del poder del gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado». La monarquía legítima y la monarquía de julio «no añadieron nada más que una mayor división del trabajo». . .

«. . . Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, viose obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los modios y la centralización del poder del gobierno. *Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla*» (subrayado por nosotros). «Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor» *(El 18 Brumario de Luis Bonaparte,* págs. 98-99, 4ª ed., Hamburgo, 1907).

En este notable pasaje, el marxismo avanza un trecho enorme en comparación con el *Manifiesto Comunista.* Allí, la cuestión del Estado planteábase todavía de un modo extremadamente abstracto, operando con las nociones y las expresiones más generales. Aquí se plantea ya de un modo concreto, y la conclusión a que se llega es extraordinariamente precisa, definida, prácticamente tangible: todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del Estado, y lo que hace falta es romperla, destruirla.

Esta conclusión es lo principal, lo fundamental, en la teoría del marxismo acerca del Estado. Y pre-

cisamente esto, lo fundamental, es lo que no sólo ha sido *olvidado* completamente por los partidos socialdemócratas oficiales imperantes, sino lo que ha sido evidentemente *tergiversado* (como veremos más abajo) por C. Kautsky, el teórico más relevante de la II Internacional.

De «El estado y la revolución» (Agosto — septiembre de 1917)

La única «corrección» que Marx consideró necesario introducir en el *Manifiesto Comunista* se la sugirió la experiencia revolucionaria de los comuneros de París.

El último prefacio a la nueva edición alemana del *Manifiesto Comunista,* suscrito por sus dos autores, lleva fecha 24 de junio de 1872. En este prefacio, los autores, Carlos Marx y Federico Engels, dicen que el programa del *Manifiesto Comunista* ha quedado «ahora anticuado en ciertos puntos».

«. . . *La Comuna ha demostrado, sobre todo — continúan —, que "la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines"*». . .

Las palabras puestas entre comillas en el interior de esta cita, fueron tomadas por sus autores de la obra de Marx *La guerra civil en Francia.*

Así, pues, Marx y Engels atribuían una importancia tan gigantesca a esta enseñanza fundamental y principal de la Comuna de París, que la introdujeron como corrección esencial en el *Manifiesto Comunista.*

Es sobremanera característico que precisamente esta corrección esencial haya sido tergiversada por los oportunistas y que su sentido sea, probablemente, desconocido para las nueve décimas partes, si no para el noventa y nueve por ciento de los lectores del *Manifiesto Comunista.* De esta tergiversación trataremos en detalle más abajo, en un capítulo consagrado especialmente a las tergiversaciones. De momento bastará señalar que la manera corriente, vulgar, de «entender» las notables palabras de Marx citadas por nosotros consiste en suponer que Marx subraya aquí la idea del desarrollo lento, por oposición a la toma del poder y otras cosas por el estilo.

En realidad, es *precisamente lo contrario.* La idea de Marx consiste en que la clase obrera debe *destruir, romper,* la «máquina

estatal existente» y no limitarse simplemente a apoderarse de ella.

Ibid.

Pero echemos una ojeada general a la historia de los países adelantados a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Veremos que, de un modo más lento, más variado, y en un campo de acción mucho más extenso, se desarrolla el mismo proceso: de una parte, la formación del «poder parlamentario», lo mismo en los países republicanos (Francia, Norteamérica, Suiza) que en los monárquicos (Inglaterra, Alemania hasta cierto punto, Italia, los países escandinavos, etc.); de otra parte, la lucha por el poder entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses, que se reparten y se redistribuyen el «botín» de los puestos burocráticos, dejando intactas las bases del régimen burgués; y finalmente, el perfeccionamiento y vigorización del «poder ejecutivo», de su aparato burocrático y militar.

No cabe la menor duda de que éstos son los rasgos generales que caracterizan toda la evolución moderna de los Estados capitalistas en general. En el transcurso de tres años, de 1848 a 1851, Francia reveló, en una forma rápida, tajante, concentrada, los

procesos de desarrollo propios de todo el mundo capitalista.

Y en particular, el imperialismo, la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, revela un extraordinario fortalecimiento de la «máquina estatal», un desarrollo inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con el aumento de la represión contra el proletariado, así en los países monárquicos como en los países republicanos más libres.

Es indudable que, en la actualidad, la historia del mundo conduce, en proporciones incomparablemente más amplias que en 1852, a la «concentración de todas las fuerzas» de la revolución proletaria para «destruir» la máquina del Estado.

Ibid.

La historia completa de los países parlamentarios burgueses y hasta una considerable extensión también de la de los países constitucionales burgueses, muestra que un cambio de ministros significa muy poco, porque el verdadero trabajo de administración está en manos de un enorme ejército de funcionarios. Este ejército, sin embargo, está totalmente saturado de un espíritu antidemocrático, está conectado por millones y millones de hilos con los terratenientes y la burguesía y depende de ellos en todo sentido. Este ejército está rodeado de una atmósfera de relaciones burguesas; respira sólo esa atmósfera; es un ejército inerte, petrificado, fosilizado; no tiene fuerza para salir por sí mismo de esta atmósfera; no puede pensar, sentir u obrar de otro modo que de la vieja manera. Este ejército está atado por las relaciones de veneración a los superiores, por ciertos privilegios del servicio del «Estado», mientras las filas superiores de este ejército están, a través del medio de las acciones y los bancos, totalmente esclavizadas por el capital financiero, siendo hasta cierto punto sus agentes, el vehículo de sus intereses y su influencia.

Intentar realizar, a través de *este* aparato estatal, reformas tales como la abolición de la propiedad de los terratenientes, sin compensación, el monopolio de los cereales, etc., es la más grande de las ilusiones, el más grande de los engaños a sí mismo y al pueblo. Este aparato *puede* servir a una burguesía republicana, creando una república en la forma de una «monarquía sin monarca», como la

Tercera República en Francia, pero para realizar reformas que reduzcan seriamente o limiten los derechos del capital, los derechos de la «sagrada propiedad privada», sin hablar de abolirlos, ese aparato estatal es absolutamente incapaz. Por lo tanto sucede con frecuencia que bajo toda clase de gabinetes de «coalición» con la participación de «socialistas», esos socialistas, aun cuando personas individuales entre ellos son absolutamente sinceras, en realidad demuestran ser o un ornamento inútil o una pantalla para el gobierno burgués, un pararrayos para desviar de ese gobierno la indignación popular, un instrumento de ese gobierno para engañar a las masas. Este fue el caso con Louis Blanc en 1848; éste fue el caso repetido decenas de veces en Inglaterra y en Francia, cuando los socialistas participaron en gabinetes; éste fue el caso con los Chernov y los Tsereteli en 1917; ha sido así y será así mientras el sistema burgués subsista y mientras el viejo aparato burgués, burocrático, del estado permanezca intacto.

De «Uno de los problemas fundamentales de la revolución» (Publicado en *Rabochii Put*, N.° 10, 27 de septiembre de 1917)

La revolución proletaria es imposible sin destruir violentamente la máquina del Estado burgués y sin sustituirla por otra *nueva,* que, según las palabras de Engels, «no es ya un Estado en el sentido propio de la palabra».

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre—noviembre de 1918)

HAY QUE CREAR UN NUEVO APARATO DEL ESTADO, UN APARATO DEL ESTADO DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

. . . el proletariado lo consigue por el hecho de que *no* pone en marcha el viejo aparato del Poder estatal, sino que lo *hace añicos,* no deja de él piedra sobre piedra (a despecho de las lamentaciones de los asustados filisteos y de las amenazas de los saboteadores) y crea un *nuevo* aparato del Estado. Este nuevo aparato estatal se halla adaptado a la dictadura del proletariado y a la lucha de éste contra la burguesía, *por la conquista* de las masas trabajadoras no proletarias. Este nuevo aparato no ha sido inventado por nadie, sino que *nace* de la

lucha de clase del proletariado, del desarrollo de esa lucha en extensión y profundidad. Este nuevo aparato del Poder estatal, este nuevo *tipo* de Poder del Estado es el *Poder Soviético.*

De «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado» (16 de diciembre de 1919)

Sólo la organización soviética del Estado puede destruir realmente de golpe y acabar para siempre con el viejo aparato burocrático y judicial, es decir, con el aparato burgués, que se ha mantenido y tiene que mantenerse de modo inevitable bajo el capitalismo incluso en las repúblicas más democráticas, siendo de hecho lo que más obstaculiza la aplicación de la democracia para los obreros y los trabajadores en general. La Comuna de París dio el primer paso de alcance histórico-universal por este camino; el Poder soviético ha dado el segundo.

De «I Congreso de la Internacional Comunista: Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado» (4 de marzo de 1919)

EL ESTADO BURGUES NO PUEDE SUSTITUIRSE POR EL ESTADO PROLETARIO MEDIANTE LA «EXTINCION», SINO SOLO, COMO REGLA GENERAL, MEDIANTE LA REVOLUCION VIOLENTA

Ya hemos dicho más arriba, y demostraremos con mayor detalle en nuestra ulterior exposición, que la doctrina de Marx y Engels sobre el carácter inevitable de la revolución violenta se refiere al Estado burgués. Este *no puede* sustituirse por el Estado proletario (por la dictadura del proletariado) mediante la «extinción», sino sólo, como regla general, mediante la revolución violenta. El panegírico que dedica Engels a ésta, y que coincide plenamente con reiteradas manifestaciones de Marx (recordemos el final de *Miseria de la Filosofía* y del *Manifiesto Comunista* con la declaración orgullosa y franca sobre el carácter inevitable de la revolución violenta; recordemos la crítica del Programa de Gotha de 1875, cuando ya habían pasado casi treinta años, en la que Marx fustiga implacablemente el oportunismo de este programa), dicho panegírico no tiene nada de «apasionamiento», ni de declamación, ni de salida polémica. La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en *ésta,* precisamente en esta idea de

la revolución violenta, es algo básico en *toda* la doctrina de Marx y Engels. La traición cometida contra su doctrina por las corrientes socialchovinista y kautskiana imperantes hoy se manifiesta con singular relieve en el olvido por unos y otros de *esta* propaganda, de esta agitación.

La sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La supresión del Estado proletario, es decir, la supresión de todo Estado, sólo es posible por medio de un proceso de «extinción».

Marx y Engels desarrollaron estas ideas de un modo minucioso y concreto, estudiando cada situación revolucionaria por separado, analizando las enseñanzas sacadas de la experiencia de cada revolución.

De «El estado y la revolución» (Agosto—septiembre de 1917)

Imaginarse el socialismo como algo que los Sres. socialistas nos presentarán en bandeja, con un vestidito de confección, no es permisible: eso no sucederá. En la historia, ni un solo problema de la lucha de clases ha sido aún resuelto de otro modo que por la violencia.. ¡Cuando la violencia proviene del lado de los trabajadores, de las masas explotadas contra los explotadores, sí, nosotros estamos por ese tipo de violencia! Y no nos preocupan en absoluto los lamentos de las gentes que, consciente o inconscientemente, están del lado de la burguesía o se hallan tan intimidadas por ésta, tan oprimidas por su dominación, que ahora, al ver esta lucha de clases de agudeza sin precedentes, se confundieron, comenzaron a lamentarse, olvidaron todas sus premisas y nos piden lo imposible: que nosotros los socialistas alcancemos la victoria completa sin luchar contra los explotadores, sin aplastar su resistencia.

De «Tercer Congreso de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia: Informe sobre el trabajo del Consejo de Comisarios del Pueblo» (11 de enero de 1918)

III. LAS PROPIAS CLASES REACCIONARIAS SON, POR LO GENERAL, LAS PRIMERAS EN RECURRIR A LA VIOLENCIA, LA POSIBILIDAD DEL DESARROLLO PACIFICO DE LA REVOLUCION ES EXTREMADAMENTE RARA

EL PROLETARIADO PREFERIRIA TOMAR EL PODER PACIFICAMENTE, PERO LA BURGUESIA NO LO CEDE POR SU PROPIA INICIATIVA

. . . los redactores de *Rabochaya Mysl* atribuyen al socialismo obrero sólo aquello que se logra por la vía *pacífica*, excluyendo el camino revolucionario. Este estrechamiento del socialismo y su reducción al liberalismo burgués ordinario y vulgar es de nuevo un gigantesco paso atrás en relación con los puntos de vista de todos los socialdemócratas rusos y de la inmensa y aplastante mayoría de los de Europa. La clase obrera preferiría, por cierto, tomar el poder *pacíficamente* (hemos dicho ya antes que esta toma del poder puede ser efectuada sólo por la

clase obrera organizada que ha pasado por la escuela de la lucha de clases), pero *renunciar* a la toma revolucionaria del poder sería, por parte del proletariado, tanto desde el punto de vista teórico como desde el práctico-político, *imprudente* y significaría sólo una concesión vergonzosa a la burguesía y todas las clases poseedoras. Es muy probable — y aun lo más probable — que la burguesía no haga ninguna concesión pacífica al proletariado, sino que en el momento decisivo recurra a la fuerza en defensa de sus privilegios. Entonces no le quedará a la clase obrera otro camino que la revolución para realizar sus objetivos. Por esto es que el programa del «socialismo obrero» habla en general sobre la conquista del poder político *sin definir* el método de esta conquista, pues la elección del método depende del futuro, que no podemos determinar exactamente. Pero restringir las actividades del proletariado en todo caso sólo a la «democratización» pacífica significa, repetimos, estrechar y vulgarizar en forma completamente arbitraria el concepto del socialismo obrero.

De «Una dirección retrógrada en la socialdemocracia rusa» (Fines de 1899)

En diferentes países, ella* se desarrolla de modo diferente. Avanza siempre por largo tiempo y con dificultad. Malo es el socialista que piensa que los capitalistas abdicarán a sus derechos de un golpe. No. El mundo no ha producido aún semejantes capitalistas bondadosos. El socialismo puede desarrollarse sólo en la lucha con el capitalismo. No ha habido jamás en el mundo una clase dominante que se dé por vencida sin lucha.

De «Discurso en la Conferencia de obreros del distrito de Presnia» (14 de diciembre de 1918)

Los grandes problemas en la vida de los pueblos se resuelven solamente por la fuerza. Las propias clases reaccionarias son generalmente las primeras en recurrir a la violencia, a la guerra civil, «colocan las bayonetas a la orden del día», como lo ha hecho la autocracia rusa y continúa haciéndolo, sistemática y constantemente, por todas partes, a partir del 9 de enero. Y una vez creada esta situación, una vez que las bayonetas encabezan realmente el orden del día político, una vez que la insurrección se ha revelado como imprescindible e inaplazable, las ilusiones constitucionales y los ejercicios escolares sobre el parlamentarismo no sirven más que para encubrir la traición de la burguesía a la revolución, para encubrir el hecho de que la burguesía «da la espalda» a la revolución. La clase verdaderamente revolucionaria debe en este caso lanzar la consigna de la dictadura.

De «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática» (Junio—julio de 1905)

La dictadura es la dominación de una parte de la sociedad sobre toda la sociedad, dominación que se apoya directamente en la violencia. La dictadura del proletariado, única clase revolucionaria hasta el fin, es imprescindible para derrocar a la burguesía y rechazar sus tentativas contrarrevolucionarias. La cuestión sobre la dictadura del proletariado tiene tanta importancia, que quien la niega o la reconoce sólo de palabra no puede ser miembro del Partido Socialdemócrata. Pero no se puede negar que en casos particulares, a título de excepción — por ejemplo, en algún país pequeño después que un país vecino grande haya realizado la revolución social —, *sea factible* la cesión pacífica del Poder por parte de

* La revolución — *Red.*

la burguesía, si ésta llega a convencerse de lo desesperado de su resistencia y prefiere conservar íntegra la cabeza. Pero es más probable, naturalmente, que también en los países pequeños el socialismo *no* se realice sin una guerra civil; por ello el *único* programa para la socialdemocracia internacional debe ser el reconocimiento de tal guerra a pesar de que en nuestro ideal no haya lugar para la violencia sobre la gente.

De «Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista"» (Agosto—octubre de 1916)

Ciertamente, desde el punto de vista de una sociedad capitalista que pasara al socialismo pacíficamente en tiempo de paz no habría tarea más urgente que la elevación de la productividad. Sólo que es necesario agregar una breve palabra, «si». *Si* el socialismo naciera pacíficamente en esta forma en que los señores capitalistas no desean permitirle que nazca. Existe aquí una pequeña insuficiencia. Aunque no hubiera habido guerra, habrían hecho todo lo posible por impedir semejante desarrollo pacífico. Las grandes revoluciones, aun cuando comenzaron pacíficamente, como la Gran Revolu-

ción Francesa, han terminado en furiosas guerras declaradas por la burguesía contrarrevolucionaria. No puede ser de otra manera si consideramos este problema desde el punto de vista de la lucha de clases y no desde el de la charlatanería filistea sobre la libertad, la igualdad, la democracia del trabajo y el deseo de la mayoría, de esa estúpida y filistea charlatanería con la que nos obsequian los mencheviques, los socialrevolucionarios y todos esos «demócratas». No puede haber desarrollo pacífico hacia el socialismo.

De «I Congreso de enseñanza extraescolar de toda Rusia: Sobre cómo se engaña al pueblo con las consignas de libertad e igualdad» (19 de mayo de 1919)

Una clase oprimida que no aspirase a aprender el manejo de las armas, a tener armas, esa clase oprimida sólo merecería que se la tratara como a los esclavos. Nosotros, si no queremos convertirnos en pacifistas burgueses o en oportunistas, no podemos olvidar que vivimos en una sociedad de clases, de la que no hay ni puede haber otra salida que la lucha de clases. En toda sociedad de clases — ya se funde en la esclavitud, en la servidumbre, o, como ahora, en el trabajo asalariado —, la clase opresora

está armada... No sólo el ejército regular moderno, sino también la milicia actual — incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, como, por ejemplo, en Suiza — representan el armamento de la burguesía *contra* el proletariado. Esta es una verdad tan elemental, que apenas si hay necesidad de detenerse especialmente en ella. Bastará recordar el empleo del ejército contra los huelguistas en todos los países capitalistas.

El armamento de la burguesía contra el proletariado es uno de los hechos más considerables, fundamentales e importantes de la actual sociedad capitalista. ¡Y ante semejante hecho se propone a los socialdemócratas revolucionarios que planteen la «reivindicación» del «desarme»! Esto equivale a renunciar por completo al punto de vista de la lucha de clases, a renegar de toda idea de revolución. Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía. Esta es la única táctica posible para la clase revolucionaria, táctica que se desprende de todo el *desarrollo objetivo* del militarismo capitalista y que es prescrita por este desarrollo. Sólo *después* de haber desarmado a la burguesía podrá el proletariado, sin traicionar su misión histórica

universal, convertir en chatarra toda clase de armas en general, y así lo hará indudablemente el proletariado, pero *sólo entonces; de ningún modo antes.*

De «El programa militar de la revolución proletaria» (Septiembre de 1916)

UN DESARROLLO PACIFICO DE LA REVOLUCION ES POSIBLE SOLO CUANDO LAS ARMAS ESTAN EN MANOS DEL PUEBLO Y ESTE ESTA LIBRE DE TODO CONSTREÑIMIENTO EXTERIOR

Ocurre con harta frecuencia que cuando la historia da un viraje brusco, hasta los partidos avanzados dejan pasar un tiempo más o menos largo antes de orientarse en la nueva situación creada y repiten consignas que si ayer eran exactas, hoy han perdido ya toda razón de ser, tan «súbitamente» como «súbito» es el brusco viraje que da la historia.

Algo semejante puede ocurrir, a lo que parece, con la consigna de la entrega de todo el Poder a los Soviets. Durante un período ya para siempre fenecido de nuestra revolución, digamos desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio, esta consigna era acertada. Pero hoy, a todas luces ya no lo es. Si

no comprendemos esto, no podremos comprender tampoco ninguno de los problemas esenciales de la actualidad. Cada consigna debe derivar siempre del conjunto de peculiaridades que forman una determinada situación política. Y hoy, después del 4 de julio, la situación política de Rusia es radicalmente distinta a la que imperó desde el 27 de febrero hasta esa fecha.

Entonces, durante ese período ya fenecido de la revolución, regía en el Estado la llamada «dualidad de poderes», fenómeno que expresaba, material y formalmente, el carácter indefinido y de transición del Poder del Estado. No olvidemos que el problema del Poder es el problema cardinal de toda revolución.

Durante ese período, el Poder manteníase en un estado de desequilibrio. Lo compartían, por virtud de un pacto voluntario, el Gobierno provisional y los Soviets. Estos eran delegaciones de la masa de obreros y soldados armados y libres, es decir, no supeditados a ningún constreñimiento exterior. Las armas en manos del pueblo y libre éste de todo constreñimiento exterior: tal era el *fondo* de la cuestión. Esto era lo que abría y garantizaba a toda la revolución una senda pacífica para su desarrollo.

La consigna de «Todo el Poder a los Soviets» señalaba el paso inmediato, el paso de realización directa en esta senda de desarrollo pacífico. Era la consigna del desarrollo pacífico de la revolución, que, desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio, era posible y, naturalmente, el más deseable de todos, pero que hoy es ya de todo punto imposible.

De «A propósito de las consignas» (Mediados de julio de 1917)

La revolución rusa está experimentando un viraje tan abrupto y original que nosotros, como partido, podemos proponer un compromiso voluntario, por cierto, no a la burguesía, nuestro enemigo de clase directo y principal, sino a nuestros adversarios más cercanos, los partidos democráticos pequeñoburgueses «gobernantes», los socialrevolucionarios y los mencheviques.

Podemos proponer un compromiso a esos partidos sólo a título de excepción, únicamente porque existe una situación específica que obviamente durará sólo muy corto tiempo; y me parece a mí que deberíamos hacerlo.

El compromiso, por nuestra parte, consistiría en volver a la demanda de antes de julio: Todo el

Poder a los Soviets y un gobierno de socialrevolucionarios y mencheviques responsable ante los Soviets.

En este momento, y sólo en este momento, tal vez *por unos pocos días en total,* o por una semana o dos, puede ser establecido y consolidado un gobierno semejante de un modo perfectamente pacífico. Este garantizaría, con extremada probabilidad, el *avance* pacífico de toda la revolución rusa y proporcionaría oportunidades extraordinariamente buenas para mayores avances hacia la paz y la victoria del socialismo de parte del movimiento mundial.

En obsequio, y sólo en obsequio de semejante desarrollo pacífico de la revolución — una posibilidad *extremadamente* rara en la historia y *extremadamente* valiosa, una posibilidad que se presenta sólo en casos excepcionalmente raros — los bolcheviques, partidarios de la revolución mundial y de los métodos revolucionarios, podríamos, y deberíamos, según mi opinión, ir a un compromiso semejante.

. . . . . .

* * *

Las líneas anteriores fueron escritas el viernes, 1° de septiembre; pero debido a causas accidentales (bajo Kerensky, la historia lo dirá, no todos los bolcheviques tenían libertad para escoger su domicilio) no alcanzaron a llegar ese día a la redacción. Y después de leer los diarios del sábado y de hoy, domingo, me digo: Quizá es demasiado tarde para la proposición de un compromiso. Quizá, los pocos días en que era *aún* posible un desarrollo pacífico, *también* han pasado ya. Sí, todo apunta hacia el hecho de que han pasado ya. De una u otra forma, Kerensky *se marchará* tanto *del* Partido Socialrevolucionario como *de* los propios socialrevolucionarios y se consolidará con la ayuda de la burguesía, *sin* los socialrevolucionarios, gracias a la inactividad de éstos . . . Sí, los días en que por casualidad el camino del desarrollo pacífico llegó a ser posible, a todas luces han pasado *ya.* Todo lo que queda es enviar estas notas a la redacción con la petición de titularlas «Pensamientos tardíos» . . . A veces, quizá no carezca de interés conocer los pensamientos tardíos.

De «Sobre compromisos» (1—3 de septiembre de 1917)

EN LA REVOLUCION DE OCTUBRE, LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA PRODUJO BRILLANTES EXITOS

Escribo estas líneas el 24 por la tarde. La situación es en extremo crítica. Es claro como la luz del día que hoy todo lo que sea aplazar la insurrección significará verdaderamente la muerte.

Poniendo en ello todas mis fuerzas, quiero convencer a los camaradas de que hoy todo está pendiente de un hilo, de que en la orden del día figuran cuestiones que no pueden resolverse por medio de conferencias, ni de congresos (aunque sean incluso congresos de los Soviets), sino únicamente por los pueblos, por las masas, por medio de la lucha de las masas armadas.

La korniloviada inspirada por la burguesía, la destitución de Verjovski, demuestran que no se puede esperar. Es necesario, a todo trance, detener al gobierno esta tarde, esta noche, desarmando previamente a los alumnos de las academias militares (después de vencerlos, sí oponen resistencia), etc.

¡¡No se puede esperar!! ¡¡Nos exponemos a perderlo todo!!

. . . . . .

Aguardar a la votación incierta del 25 de octubre, sería echarlo todo a perder, sería un puro formulismo; el pueblo tiene el derecho y el deber de decidir estas cuestiones no mediante votación, sino por la fuerza; tiene, en momentos críticos de la revolución, el derecho y el deber de enseñar el camino a sus representantes, incluso a sus mejores representantes, sin detenerse a esperar por ellos.

Así lo ha demostrado la historia de todas las revoluciones, y los revolucionarios cometerían el mayor de los crímenes si dejasen pasar el momento, sabiendo que de ellos depende la *salvación de la revolución,* la oferta de paz, la salvación de Petrogrado, el remedio del hambre, la entrega de la tierra a los campesinos.

El gobierno vacila. ¡Hay que *acabar* con él, cueste lo que cueste!

Demorar la acción equivaldría a la muerte.

De «Carta a los miembros del C.C.» (24 de octubre de 1917)

A los socialistas amarillos que ahora, habiéndose reunido en Berna, se preparan para honrarnos con la visita de notables extranjeros, les gusta más que todo lanzar frases como «Los bolcheviques creen

en lo todopoderoso de la violencia». Esta frase muestra solamente que es lanzada por gentes que, al calor de la lucha revolucionaria, cuando están por completo bajo la presión de la violencia de la burguesía — mirad lo que ocurre en Alemania — no son capaces de enseñar a su propio proletariado las tácticas de la *violencia necesaria.*

Hay condiciones en las cuales la violencia es a la vez necesaria y útil y hay condiciones en las cuales la violencia no puede producir ningún resultado. Ha habido ejemplos, sin embargo, de que esta diferencia no ha sido comprendida por todos, y se debe hablar de esto. En la Revolución de Octubre, la violencia, el derrocamiento de la burguesía por el poder soviético, la remoción del viejo gobierno, la violencia revolucionaria, produjeron brillantes éxitos.

¿Por qué? Porque las masas estaban organizadas en los Soviets, primeramente, y en segundo lugar porque el enemigo — la burguesía — fue minado, socavado, corroído como un trozo de hielo por las aguas de la primavera, durante el largo período político de febrero a octubre y estaba ya debilitado por completo internamente. Y el movimiento de la Revolución de Octubre, aún comparado con el

actual movimiento revolucionario en Alemania, produjo tan fácilmente para nosotros, la completa y brillante victoria de la violencia revolucionaria.

De «Exitos y dificultades del Poder Soviético» (Publicado en marzo — abril de 1919)

IV. HAY QUE UTILIZAR EL PARLAMENTO BURGUES EN EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO, LIMITAR LA LUCHA DE CLASES A LA LUCHA DENTRO DEL PARLAMENTO SIGNIFICA DE HECHO PASARSE AL LADO DE LA BURGUESIA

DENUNCIAR EL ENGAÑO DE LA BURGUESIA DESDE LA TRIBUNA DEL PARLAMENTO Y EDUCAR A LAS AMPLIAS MASAS

El parlamento es el producto del desarrollo histórico que no podemos descartar de la vida mientras no seamos bastante fuertes para dispersar el parlamento burgués. Sólo siendo miembro de un parlamento burgués es posible, partiendo de las condiciones históricas existentes, luchar contra la sociedad burguesa y contra el parlamentarismo. El proletariado debe emplear en la lucha los mismos medios que usa la burguesía, con fines totalmente diferentes, por supuesto. No puedes negar que esto es así. Y si quieres ponerlo en tela de juicio, tienes

que borrar la experiencia de todos los acontecimientos revolucionarios en el mundo.

De «II Congreso de la Internacional Comunista: Discurso sobre el parlamentarismo» (2 de agosto de 1920)

Si se reflexiona en esta historia de la lucha del proletariado por el Poder, complicada, ímproba, prolongada, rica por la extraordinaria variedad de formas y por la inusitada abundancia de bruscos cambios, virajes y transiciones de una forma de lucha a otra, aparecerá claro el error de los que quieren «prohibir» la participación en los parlamentos burgueses, en los sindicatos reaccionarios, en los comités zaristas o scheidemannistas de delegados obreros o en los consejos de fábrica, etc., etc. Este error es debido a la inexperiencia revolucionaria de revolucionarios sincerísimos, convencidísimos y heroicos de la clase obrera. Por eso tenían mil veces razón Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo cuando en enero de 1919 vieron y señalaron este error, pero prefirieron seguir unidos con los revolucionarios proletarios que se equivocaron en una cuestión no muy importante, y no con los traidores al socialismo, con los adeptos de Scheidemann y

Kautsky, que no se equivocaron en el problema de la participación en el parlamento burgués, pero dejaron de ser socialistas para convertirse en unos demócratas filisteos, auxiliares de la burguesía.

Pero, no obstante, el error sigue siendo error y es preciso criticarlo, es preciso luchar por corregirlo.

De «Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes» (10 de octubre de 1919)

Mientras no tengamos fuerza para disolver el parlamento burgués, debemos actuar contra él desde fuera y desde dentro. Mientras un número algo considerable de trabajadores — no sólo proletarios, sino también semiproletarios y pequeños campesinos — tengan fe en los instrumentos democrático-burgueses de que se sirve la burguesía para engañar a los obreros, debemos denunciar ese engaño *precisamente desde la tribuna* que las capas atrasadas de obreros y, en particular, de las masas trabajadoras no proletarias consideran como la tribuna más importante y más autorizada.

Mientras los comunistas no tengamos fuerza para tomar el Poder del Estado y para hacer que sean sólo los trabajadores quienes elijan *sus* Soviets con-

tra la burguesía, mientras la burguesía disponga del Poder estatal, convocando a elecciones a las distintas clases de la población, tenemos el deber de participar en las elecciones para desplegar la agitación entre todos los trabajadores, y no exclusivamente entre los proletarios. Mientras en el parlamento burgués se engañe a los obreros, ocultando con frases sobre la «democracia» las trapacerías financieras y todo género de sobornos (en ninguna parte practica la burguesía con tanta amplitud como en el parlamento burgués el soborno por demás «sutil» de escritores, diputados, abogados, etc.), los comunistas tenemos el deber de desenmascarar sin descanso el engaño, de desenmascarar todo cambio de frente de los Renner y Cía., cada vez que se coloquen al lado de los capitalistas contra los obreros, y de hacer esta labor de desenmascaramiento desde la tribuna de esta institución que supuestamente *expresa la voluntad del pueblo,* pero que de hecho sirve para encubrir *el engaño del pueblo por los ricos.* Es precisamente en el parlamento donde las relaciones entre los partidos y fracciones burguesas se ponen más de relieve y reflejan las relaciones entre todas las clases de la sociedad burguesa. Por eso, justamente

en el parlamento burgués; dentro de él, debemos los comunistas esclarecer al pueblo *la verdad* sobre la actitud de las clases hacia los partidos, sobre la actitud de los terratenientes hacia los braceros, de los campesinos ricos hacia los campesinos pobres, del gran capital hacia los empleados y pequeños propietarios, etc.

De «Carta a los comunistas austríacos» (15 de agosto de 1920)

CREER QUE PRIMERO SE DEBE CONQUISTAR LA MAYORIA EN LAS VOTACIONES Y SOLO DESPUES CONQUISTAR EL PODER, ESTO ES EL COLMO DE LA ESTULTICIA O DE LA HIPOCRESIA

El partido del proletariado revolucionario necesita participar en el parlamentarismo burgués para ilustrar a las masas; y esto se consigue mediante las elecciones y la lucha de los partidos en el parlamento. Pero limitar la lucha de clases a la lucha dentro del parlamento, o considerar que esta última es la forma superior y decisiva de lucha y que todas las demás formas están supeditadas a ella, significa,

de hecho, pasarse al lado de la burguesía, contra el proletariado.

De «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado» (16 de diciembre de 1919)

Hay que advertir, además, que Engels, con la mayor precisión, llama al sufragio universal instrumento de dominación de la burguesía. El sufragio universal, dice Engels, basándose, evidentemente, en la larga experiencia de la socialdemocracia alemana, es

> «el índice de la madurez de la clase obrera. No puede llegar ni llegará nunca a más en el Estado actual».

Los demócratas pequeñoburgueses, por el estilo de nuestros eseristas y mencheviques, y sus hermanos carnales, todos los socialchovinistas y oportunistas de la Europa Occidental, esperan, en efecto, «más» del sufragio universal. Comparten ellos mismos e inculcan al pueblo la falsa idea de que el sufragio universal es, «en el Estado *actual*», un medio capaz de revelar realmente la voluntad de la mayoría de

los trabajadores y de garantizar su puesta en práctica.

De «El estado y la revolución» (Agosto—septiembre de 1917)

Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el parlamento: he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino en las repúblicas más democráticas.

Ibid.

Lo mismo podemos decir de la lucha de la clase obrera contra la burguesía. Hoy no existe una situación revolucionaria, no hay condiciones para la efervescencia de las masas, para el incremento de su actividad; hoy te ponen en la mano la papeleta electoral: tómala, aprende a organizarte para golpear con ella a tus enemigos y no para enviar al parlamento a unos prebendados que se aferran al escaño por temor a la cárcel. Mañana te quitan la papeleta electoral y te ponen en la mano un fusil y un excelente cañón de tiro rápido, última palabra de la técnica: toma estos instrumentos de muerte y des-

trucción, no prestes oído a los jeremías sentimentales que temen la guerra; en el mundo aún quedan demasiadas cosas que *deben* ser destruidas por el hierro y por el fuego para emancipar a la clase obrera, y si en las masas crecen la ira y la desesperación, si hay una situación revolucionaria, prepárate para crear nuevas organizaciones y para *utilizar* esos instrumentos tan útiles de muerte y destrucción *contra tu* gobierno y *tu* burguesía.

De «La bancarrota de la II Internacional» (Segunda quincena de mayo—primera quincena de junio de 1915)

Sólo los bribones o los tontos pueden creer que el proletariado debe primero conquistar la mayoría en las votaciones realizadas *bajo el yugo de la burguesía,* bajo el *yugo de la esclavitud asalariada,* y que sólo después debe conquistar el Poder. Esto es el colmo de la estulticia o de la hipocresía, esto es sustituir la lucha de clases y la revolución por votaciones bajo el viejo régimen, bajo el viejo Poder.

El proletariado libra su lucha de clase sin esperar a una votación para comenzar una huelga, aunque para el éxito completo de la huelga sea necesario contar con las simpatías de la mayoría de los tra-

bajadores (y, por consiguiente, de la mayoría de la población). El proletariado libra su lucha de clase derrocando a la burguesía, sin esperar para ello a una votación previa (organizada por la burguesía y bajo su yugo opresor), aunque sabe muy bien que para el éxito de su revolución, para el feliz derrocamiento de la burguesía *es absolutamente necesario* contar con las simpatías de la mayoría de los trabajadores (y, por consiguiente, de la mayoría de la población).

De «Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes» (10 de octubre de 1919)

Los bernsteinistas aceptaron y aceptan el marxismo *con excepción de* su aspecto directamente revolucionario. Consideran la lucha parlamentaria no como uno de los medios de lucha que se adapta particularmente a ciertos períodos históricos, sino como la forma de lucha principal y casi la exclusiva, que hace innecesarias la «violencia», la «toma», la «dictadura». Exactamente esta vulgar distorsión filistea del marxismo es la que ahora está transportada a Rusia por los Sres. Blank y otros loadores liberales de Plejánov. Se han acostumbrado tanto a esta distorsión que ni siquiera consideran necesario dar pruebas de este relegamiento al olvido de los principios e ideas marxistas en este período de torbellino revolucionario.

De «La victoria de los demócratas-constitucionalistas y las tareas del partido obrero» (24—28 de marzo de 1906)

V. HAY QUE APROVECHAR TODA POSIBILIDAD DE OBTENER UN ALIADO DE MASAS

UNA CONDICION INDISPENSABLE DE LA VICTORIA DE LA REVOLUCION SOCIALISTA ES LA ALIANZA DE LOS OBREROS Y LOS CAMPESINOS

El proletariado actúa como clase verdaderamente revolucionaria, auténticamente socialista, sólo cuando en sus manifestaciones y actos procede como vanguardia de todos los trabajadores y explotados, como jefe de los mismos en la lucha para derribar a los explotadores, cosa que no puede ser llevada a cabo sin introducir la lucha de clases en el campo, sin agrupar a las masas de trabajadores rurales en torno al Partido Comunista del proletariado urbano, sin que éste eduque a aquéllas.

De «Esbozo inicial de las tesis sobre la cuestión agraria» (Comienzos de junio de 1920)

Una condición indispensable de la victoria de la revolución socialista — única capaz de asegurar el éxito firme y el completo cumplimiento de la ley sobre la tierra — es la plena alianza del campesinado laborioso, explotado y trabajador con la clase obrera — el proletariado — en todos los países avanzados. En la República de Rusia, toda la estructuración y dirección del Estado debe basarse de arriba abajo, a partir de hoy, en esta alianza. Barriendo todos y cada uno de los intentos directos e indirectos, descarados y ocultos de retornar a la conciliación — condenada por la vida — con la burguesía y con los ejecutores de la política burguesa, esta alianza es la única capaz de asegurar la victoria del socialismo en todo el mundo.

De «Congreso extraordinario de los Soviets de diputados campesinos de toda Rusia: Proyecto de resolución» (Publicado en *Izvestia del CEC*, N.° 226, 15 de noviembre de 1917)

Es necesario dejar sentado únicamente lo fundamental, lo que más nos ha unido a todos nosotros, lo que es más substancial desde el punto de vista de la cuestión más esencial y más cardinal de toda

nuestra revolución y de todas las futuras revoluciones socialistas (tomadas en la escala universal).

La cuestión más cardinal y más esencial es la actitud de la clase obrera hacia los campesinos, es la alianza de la clase obrera con el campesinado, es la capacidad de los obreros avanzados, que han cursado la larga y dura, pero noble escuela de las grandes fábricas, su capacidad para hacer las cosas de modo que atraigan a su lado a la masa de los campesinos, agobiados por el capitalismo, agobiados por los terratenientes, agobiados por su antigua hacienda escasa y mísera; su capacidad para demostrarles que sólo en la alianza con los obreros, cualesquiera que sean las dificultades que tengan que atravesar en este camino — las dificultades son muchas, y no podemos cerrar los ojos ante ellas —, sólo en esta alianza reside la garantía de que los campesinos se verán libres de la opresión secular de los terratenientes y capitalistas. Sólo en el afianzamiento de la alianza de los obreros y los campesinos reside la garantía de que toda la humanidad ha de verse libre de cosas como la reciente matanza imperialista, de las atroces contradicciones que hoy observamos en el mundo capitalista, donde un pequeño número, un insignificante puñado

de las potencias más ricas nada en la abundancia, mientras la inmensa mayoría de la población del globo terrestre sufre penalidades sin poder gozar de la cultura y de los abundantes recursos existentes, que no encuentran salida por falta de mercado.

De «IX Congreso de los Soviets de toda Rusia: Sobre la política interior y exterior de la República» (23 de diciembre de 1921)

La revolución socialista en Europa *no puede ser otra cosa* que una explosión de la lucha de masas de parte de todos y cada uno de los elementos oprimidos y descontentos. Sectores de la pequeña burguesía y de los obreros atrasados participarán inevitablemente en ella — sin esa participación la lucha de *masas* es *imposible*, sin ella *ninguna* revolución es posible — y también, inevitablemente, llevarán al movimiento sus prejuicios, sus fantasías reaccionarias, sus debilidades y errores. Pero *objetivamente* atacarán al *capital*, y la vanguardia consciente de la revolución, el proletariado avanzado, expresando esta verdad objetiva de una lucha de masas heterogénea y discordante, abigarrada y aparentemente sin cohesión, será capaz de

unirla y dirigirla, de tomar el poder, de apoderarse de los bancos, de expropiar los trusts, odiados por todos (¡aunque por razones diferentes!) y de introducir otras medidas dictatoriales que en su totalidad aumentarán hasta el derrocamiento de la burguesía y la victoria del socialismo, la cual estará lejos de «purificarse» de un golpe de la escoria pequeñoburguesa.

De «Balance de la discusión sobre la autodeterminación» (Julio de 1916)

ES NECESARIO UNIR EL EMPUJE REVOLUCIONARIO DE LOS PROLETARIOS DE LOS PAISES CAPITALISTAS CON EL DE LOS CENTENARES DE MILLONES DE SERES DE LAS COLONIAS

La revolución social no puede advenir sino en la forma de un período en el cual la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados se une a *toda una serie* de movimientos democráticos y revolucionarios, comprendidos los movimientos de liberación nacional, en las naciones poco desarrolladas, atrasadas y oprimidas.

De «Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista"» (Agosto — octubre de 1916)

. . . la revolución socialista no será única y principalmente una lucha de los proletarios revolucionarios de cada país contra su burguesía; no, será una lucha de todas las colonias y de todos los países oprimidos por el imperialismo, de todos los países dependientes, contra el imperialismo internacional. En el programa de nuestro Partido, adoptado en marzo del año pasado, nosotros decimos, al caracterizar la aproximación de la revolución social en el mundo entero, que la guerra civil de los trabajadores contra los imperialistas y los explotadores en todos los países adelantados empieza a conjugarse con la guerra nacional contra el imperialismo internacional. Eso lo confirma la marcha de la revolución, y cada vez se verá más confirmado.

De «Informe en el II Congreso de toda Rusia de las organizaciones comunistas de los pueblos del Oriente» (22 de noviembre de 1919)

La unión de los proletarios revolucionarios de los países capitalistas, avanzados, con las masas revolucionarias de los países que carecen o casi carecen de proletariado, con las masas oprimidas de los países coloniales, del Oriente, se está produciendo

en este Congreso. La consolidación de esa unión depende de nosotros, y yo estoy seguro de que la conseguiremos. El imperialismo mundial debe caer cuando el empuje revolucionario de los obreros explotados y oprimidos de cada país, venciendo la resistencia de los elementos pequeñoburgueses y la influencia de la insignificante élite constituida por la aristocracia obrera, se funda con el empuje revolucionario de centenares de millones de seres que hasta ahora habían permanecido al margen de la historia, para la cual no constituían más que un sujeto paciente.

De «II Congreso de la Internacional Comunista: Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista» (19 de julio de 1920)

HAY QUE UTILIZAR CON LA MAYOR SOLICITUD, MINUCIOSIDAD, PRUDENCIA Y HABILIDAD, TODA «GRIETA» ENTRE LOS ENEMIGOS, Y APROVECHAR IGUALMENTE TODA POSIBILIDAD DE OBTENER UN ALIADO DE MASAS

Hacer la guerra para derrumbar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de

las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a toda utilización (aunque no sea más que temporal) del antagonismo de intereses existente entre los enemigos, a los acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes, condicionales), ¿no es esto acaso algo infinitamente ridículo? ¿No se parece esto al caso del que en una ascensión difícil a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta todavía, renunciase de antemano a hacer zigzags, a volver a veces sobre sus pasos, a prescindir de la dirección elegida al principio y a probar diferentes direcciones? ¡¡Y gentes tan poco conscientes, tan inexperimentadas (menos mal aun si la causa de ello es la juventud, porque ésta está autorizada por la providencia a decir semejantes tonterías durante cierto tiempo) han podido ser sostenidas directa o indirectamente, franca o encubiertamente, íntegra o parcialmente, poco importa, por algunos miembros del Partido Comunista holandés!!

Después de la primera revolución socialista del proletariado, después del derrumbamiento de la burguesía en un país, el proletariado de este último sigue siendo *durante mucho tiempo* aún *más débil*

que la burguesía, debido simplemente a las inmensas relaciones internacionales de ésta y en virtud de la restauración espontánea y continua, del renacimiento del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país que ha derrumbado a la burguesía. Obtener la victoria sobre un adversario más poderoso únicamente es posible poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando *obligatoriamente* con la mayor solicitud, minuciosidad, prudencia y habilidad, la menor «grieta» entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o diferentes categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar igualmente las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprenda esto no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico contemporáneo, *en general.* El que no ha demostrado *en la práctica,* durante un intervalo de tiempo bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad en la vida, no ha aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por librar de la explotación a toda la humanidad

trabajadora. Y lo dicho se aplica tanto al período *anterior* a la conquista del Poder político por el proletariado, como al *posterior.*

Nuestra teoría no es un dogma, sino *una guía para la acción,* han dicho Marx y Engels, y el gran error, el inmenso crimen de algunos marxistas «patentados» como Carlos Kautsky, Otto Bauer y otros, consiste en no haber comprendido esto, en no haber sabido aplicarlo en los momentos más importantes de la revolución proletaria. «La acción política no se parece en nada a la acera de la avenida Nevski» (la acera limpia, ancha y lisa de la calle principal, absolutamente recta, de Petersburgo), decía ya N.G. Chernishevski, el gran socialista ruso del período premarxista. Los revolucionarios rusos, desde la época de Chernishevski acá, han pagado con innumerables víctimas su ignorancia u olvido de esta verdad. Hay que conseguir a toda costa que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa occidental y América fieles a la clase obrera paguen *menos cara* que los atrasados rusos la asimilación de esta verdad.

De «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo» (Abril — mayo de 1920)

NO RENUNCIAR A COMPROMISOS DE UNA VEZ POR TODAS, SINO SABER, A TRAVES DE LOS COMPROMISOS NECESARIOS, CONSOLIDAR Y DESARROLLAR LA CAUSA DE LA REVOLUCION

No por nada Marx y Engels son considerados los fundadores del socialismo científico. Eran enemigos implacables de la fraseología. Enseñaron que los problemas del socialismo (incluidos los problemas de las tácticas socialistas) deben plantearse científicamente. En la década del 70 del siglo pasado, cuando Engels analizaba el manifiesto revolucionario de los blanquistas franceses, fugitivos de la Comuna, les dijo sin rodeos que su jactanciosa declaración de «ningún compromiso» era una frase vacía. No se puede renunciar a la idea de los compromisos. El asunto es, a través de todos los compromisos que en ciertos casos son impuestos necesariamente por la fuerza de las circunstancias aun al partido más revolucionario de la clase aun más revolucionaria, ser capaces de preservar, fortalecer, templar y desarrollar las tácticas y la organización revolucionarias, la conciencia revolucionaria, la decisión y la preparación de la clase obrera y su vanguardia organizada, el Partido Comunista.

De «Sobre compromisos» (Marzo — abril de 1920)

El término compromiso implica en política la concesión de alguna de las demandas de uno, la renuncia de parte de las demandas de uno, por acuerdo con otro partido.

La idea habitual del hombre de la calle con respecto de los bolcheviques, idea fomentada por la prensa calumniadora de éstos, es que los bolcheviques se oponen a todo compromiso, sin importar con quién ni en qué circunstancias.

Esta idea es halagadora para nosotros como partido del proletariado revolucionario, porque muestra que hasta nuestros enemigos se ven obligados a reconocer nuestra lealtad a los principios fundamentales del socialismo y la revolución. Sin embargo, hay que decir la verdad: esta idea no corresponde a los hechos. Engels estaba en la razón cuando en su crítica al manifiesto de los comunistas blanquistas (1873), ridiculizaba su declaración «¡Ningún compromiso!» Esta es una mera frase, dijo, porque los compromisos son a menudo impuestos inevitablemente por las circunstancias a un partido que lucha y es absurdo rechazar de una vez por todas «recibir el pago de la deuda por partes». La tarea de un partido verdaderamente revolucionario no consiste en declarar imposible la renuncia a todo compro-

miso, sino en ser capaz, *a través de todos los compromisos,* cuando ellos son inevitables, de permanecer leal a sus principios, a su clase, a su tarea revolucionaria, a su causa de preparar el camino para la revolución y de educar a las masas populares para la victoria en la revolución.

De «Sobre compromisos» (1—3 de septiembre de 1917)

La conclusión es clara: rechazar los compromisos «por principio», negar la legitimidad de todo compromiso en general, cualesquiera que sean, constituye una puerilidad que incluso es difícil tomar en serio. Un político que quiera ser útil al proletariado revolucionario debe saber distinguir los casos *concretos* de compromisos que son precisamente inadmisibles, que son una expresión de oportunismo y de *traición,* y dirigir contra *tales* compromisos *concretos* toda la fuerza de la crítica, todo el filo de un desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, no permitiendo a los socialistas, con su gran experiencia de «maniobreros», y a los jesuítas parlamentarios escurrir el bulto, eludir la responsabilidad, por medio de disquisiciones sobre los «compromisos en general». Los señores «jefes»

de las tradeuniones inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y los del Partido Laborista «Independiente», pretenden eludir precisamente así la responsabilidad *por la traición que han cometido,* por haber concertado *semejante* compromiso, que no es en realidad sino oportunismo, defección y traición de la peor especie.

Hay compromisos y compromisos. Es preciso saber analizar la situación y las circunstancias concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Debe aprenderse a distinguir al hombre que ha entregado a los bandidos su bolsa y sus armas para disminuir el mal causado por ellos y facilitar su captura y ejecución, del que da a los bandidos su bolsa y sus armas para participar en el reparto del botín.

De «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo» (Abril — mayo de 1920)

VI. LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO ES UNA DE LAS CONDICIONES PRECISAS PARA OBTENER LA VICTORIA DE LA REVOLUCION PROLETARIA

LA DISCREPANCIA ENTRE EL REVISIONISMO Y EL MARXISMO RESIDE PRECISAMENTE EN LA OPOSICION ENTRE LA REVOLUCION PACIFICA Y LA REVOLUCION VIOLENTA

¡Kautsky tiene que hacer trampas materialmente a cada paso para encubrir su apostasía!

Y observad la manera como esta vez ha enseñado sin quererlo sus orejas de burro: ha escrito ¡¡«pacíficamente, *es decir, por vía democrática*»!!

Al definir la dictadura, Kautsky ha hecho todos los esfuerzos posibles para ocultar al lector el rasgo fundamental de este concepto: *la violencia* revolucionaria. Y ahora se ha impuesto la verdad: se trata de la oposición entre *revolución pacífica* y *revolución violenta.*

Ahí está el quid. Todos los subterfugios, los sofismas, las viles falsificaciones de que Kautsky se vale, le hacen falta para *rehuir* la revolución *violenta,* para ocultar que reniega de ella, que se pasa al lado de la política obrera *liberal,* es decir, al lado de la burguesía. Ahí está el quid.

El «historiador» Kautsky falsifica la historia con tal cinismo, que «olvida» lo fundamental: el capitalismo premonopolista — cuyo apogeo corresponde precisamente a la década del 70 del siglo pasado — en virtud de sus rasgos *económicos* esenciales, que en Inglaterra y en Norteamérica se manifestaban de un modo particularmente típico, se distinguía por un mayor apego a la paz y a la libertad. En cambio, el imperialismo, es decir, el capitalismo monopolista, que sólo ha llegado a una plena madurez en el siglo XX, atendidos sus rasgos *económicos* esenciales se distingue por un apego mínimo a la paz y a la libertad, por un desarrollo máximo del militarismo en todas partes. «No advertir» esto, hablando de lo típico o de lo probable que es una revolución pacífica o violenta, es rebajarse al nivel del más adocenado lacayo de la burguesía.

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre — noviembre de 1918)

«. . . La tarea de la huelga de masas — prosigue Kautsky — no puede ser nunca la de *destruir* el poder estatal, sino simplemente la de obligar a un gobierno a ceder en un determinado punto o la de sustituir un gobierno hostil al proletariado por otro dispuesto a hacerle concesiones (**entgegenkommende**) . . . Pero jamás, ni en modo alguno, puede esto» (es decir, la victoria del proletariado sobre un gobierno hostil) «conducir a la *destrucción* del poder del Estado, sino pura y simplemente a un cierto *desplazamiento* (**Verschiebung**) en la relación de fuerzas *dentro del poder del Estado*. . . Y la meta de nuestra lucha política sigue siendo la que ha sido hasta aquí: conquistar el poder del Estado ganando la mayoría en el parlamento y hacer del parlamento el dueño del gobierno» (págs. 726, 727, 732).

Esto es ya el más puro y el más vil oportunismo, es ya renunciar de hecho a la revolución reconociéndola de palabra. El pensamiento de Kautsky no va más allá de «un gobierno dispuesto a hacer concesiones al proletariado», lo que significa un paso atrás hacia el filisteísmo, en comparación con el año 1847, en el que el *Manifiesto Comunista* proclamaba la «organización del proletariado en clase dominante».

Kautsky tendrá que realizar la «unidad», tan preferida por él, on los Scheidemann, los Plejánov y los Vandervelde, todos los cuales están de acuerdo en luchar por un gobierno «dispuesto a hacer concesiones al proletariado».

Pero nosotros iremos a la ruptura con estos traidores al socialismo y lucharemos por la destrucción de toda la vieja máquina estatal, para que el mismo proletariado armado *sea el gobierno*. Son «dos cosas muy distintas».

Kautsky quedará en la grata compañía de los Legien y los David, los Plejánov, los Potrésov, los Tsereteli y los Chernov, que están completamente de acuerdo en luchar por «un desplazamiento en la relación de fuerzas dentro del poder del Estado» y por «ganar la mayoría en el parlamento y hacer del parlamento el dueño del gobierno», nobilísimo fin en el que todo es aceptable para los oportunistas y todo permanece en el marco de la república parlamentaria burguesa.

Pero nosotros iremos a la ruptura con los oportunistas; y todo el proletariado consciente estará con nosotros en la lucha, no por «el desplazamiento de la relación de fuerzas», sino por el *derrocamiento de la burguesía*, por la *destrucción* del parlamentarismo burgués, por una república democrática del tipo de la Comuna o por una República de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, por la dictadura revolucionaria del proletariado.

De «El estado y la revolución» (Agosto — septiembre de 1917)

Este buen hombre queridísimo, que probablemente es el más virtuoso padre de familia, el ciudadano más honesto, el lector y escritor más concienzudo de libros científicos, ha olvidado un pequeñísimo detalle: ha olvidado que semejante transición «ordenada» y «reglamentada» al socialismo (transición que es indudablemente más ventajosa para el «pueblo», hablando en abstracto) presupone la firmeza absoluta de la victoria del proletariado, la absoluta desesperanza de la posición de los capitalistas y la necesidad absoluta para ellos de someterse conscientemente y su disposición a hacerlo.

¿Es posible tal concatenación de circunstancias?

Teóricamente, es decir, hablando, en la presente circunstancia, completamente en abstracto, sí lo es, por cierto. Por ejemplo: supongamos que en nueve países, incluyendo a todas las grandes potencias, los Wilson, los Lloyd George, los Millerand y otros héroes semejantes del capitalismo estén ya en la misma situación en que se hallan entre nosotros Yudenich, Kolchak y Denikin y sus ministros. Supongamos que en el décimo país pequeño, los capitalistas propongan después de esto a los obreros: Vamos, os ayudaremos concienzudamente, nos someteremos a vuestras decisiones, llevaremos a cabo

una «expropiación de los expropiadores» «ordenada» y pacífica (¡sin destrucción!), ganando por esto el primer año cinco novenas partes de nuestros actuales ingresos, y en el segundo año, cuatro novenas partes.

Es completamente concebible que en las condiciones que he señalado, los capitalistas del décimo país, uno de los países más pequeños y «pacíficos» hicieran semejante proposición y no habría ningún daño en que los obreros de ese país discutieran esta proposición de un modo práctico y (después de regatear: el comerciante no puede dejar de recargar el precio) aceptaran.

Tal vez ahora, después de esta explicación popular, hasta el docto Otto Bauer y el filósofo (que tiene exactamente tanto éxito como político) Frederick Adler comprenderán de qué se trata.

¿Todavía no? ¿No lo han conseguido?

Piensen, queridísimo Otto Bauer, queridísimo Frederick Adler: la situación del capitalismo mundial y sus líderes en esta época ¿es similar a la de Yudenich, Kolchak y Denikin en Rusia?

No, no lo es. En Rusia los capitalistas han sido aplastados después de desesperada resistencia. En todo el mundo están aún en el poder. Son los amos.

Si ustedes, queridísimos Otto Bauer y Frederick Adler, aún no comprenden lo que pasa, entonces voy a exponerlo en una forma aún más popular para ustedes:

Imagínense que en la época en que Yudenich se hallaba ante Petersburgo, Kolchak se mantenía en los Urales y Denikin en toda la Ucrania, cuando los bolsillos de estos tres héroes estaban atiborrados de telegramas de Wilson, Lloyd George, Millerand y Cía. sobre despachos de dinero, cañones, oficiales y soldados, imagínense que en ese momento un representante de los obreros rusos hubiera llegado donde Yudenich, Kolchak y Denikin y les hubiera dicho: Nosotros los obreros estamos en mayoría; les daremos cinco novenas partes de sus ingresos y luego tomaremos el resto de un modo «ordenado» y pacífico. Es un negocio, «sin destrucción», ¿están ustedes de acuerdo?

Si este representante de los obreros hubiera ido vestido sencillamente y hubiera sido recibido sólo por un general ruso como Denikin, éste probablemente hubiera metido a ese obrero en un manicomio o simplemente lo habría echado fuera.

Pero si este representante de los obreros hubiera sido un intelectual bien vestido y además hubiera

sido hijo de un papá respetable (como el delicado y buen Frederick Adler); si, además, Denikin no hubiera estado solo, sino que lo hubiera recibido acompañado de un «consejero» francés o inglés, entonces ese consejero habría dicho indudablemente a Denikin:

— Oiga, general, este representante de los obreros es tan sensato, que es apropiado exactamente a convertirse en uno de nuestros ministros, como Henderson en Inglaterra, Albert Thomas en Francia u Otto Bauer y Frederick Adler en Austria.

De «Notas de un publicista» (14 de febrero de 1920)

UNA VEZ VENCIDO EL REVISIONISMO, SE PUEDE GANAR A LAS MASAS OBRERAS, SE PUEDE LLEVAR AL PUEBLO HASTA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Una de las condiciones precisas para que el proletariado pueda prepararse para su victoria es la lucha prolongada, tenaz e implacable contra el oportunismo, contra el reformismo, contra el socialchovinismo y demás influencias y corrientes burguesas, inevitables por cuanto el proletariado actúa en un ambiente capitalista. Si no se libra esa

lucha, si no se consigue previamente una victoria total sobre el oportunismo en el movimiento obrero, no cabe ni hablar siquiera de dictadura del proletariado. El bolchevismo no habría derrotado a la burguesía en 1917-1919 si no hubiese aprendido antes — de 1903 a 1917 — a derrotar y a expulsar implacablemente del partido de la vanguardia proletaria a los mencheviques, es decir, a los oportunistas, a los reformistas, a los socialchovinistas.

De «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado» (16 de diciembre de 1919)

Contra los socialtraidores, contra el reformismo y el oportunismo se puede y se debe seguir esta orientación política en *todos* los terrenos de la lucha sin excepción. Entonces conquistaremos a las masas obreras. Y con las masas obreras, la vanguardia del proletariado — el partido político marxista centralizado — llevará por el buen camino al pueblo hasta la dictadura triunfante del proletariado, hasta la democracia proletaria en lugar de la burguesa, hasta la República Soviética, hasta el régimen socialista.

De «Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes» (10 de octubre de 1919)

El oportunismo es nuestro principal enemigo. El oportunismo en las filas más altas del movimiento obrero no es socialismo proletario, sino socialismo burgués. La práctica ha mostrado que estas gentes activas en el movimiento obrero que adhieren a esta tendencia oportunista son mejores defensores de la burguesía que la propia burguesía. Sin su dirección de los obreros, la burguesía no podría permanecer en el poder. Esto no sólo está probado por la historia del régimen de Kerensky en Rusia; está también probado por la república democrática en Alemania, encabezada por su gobierno socialdemócrata; está probado por la actitud de Albert Thomas hacia su gobierno burgués. Está probado por la experiencia análoga en Inglaterra y los Estados Unidos. He ahí donde está nuestro principal enemigo; y debemos vencer a este enemigo. Debemos abandonar este congreso con la firme determinación de llevar a cabo esta lucha en todos nuestros partidos hasta su verdadero fin. Esta es nuestra tarea principal.

De «II Congreso de la Internacional Comunista: Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista» (19 de julio de 1920)

VII. SOLO LA DICTADURA DEL PROLETARIADO PUEDE REALIZAR LA TRANSICION DEL CAPITALISMO AL COMUNISMO

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO NO ES LA TERMINACION DE LA LUCHA DE CLASES, SINO SU CONTINUACION BAJO NUEVAS FORMAS

La dictadura del proletariado no es la terminación de la lucha de clases, sino su continuación bajo nuevas formas. La dictadura del proletariado es la lucha de clase del proletariado que ha triunfado y ha tomado en sus manos el poder político contra la burguesía que ha sido vencida, pero que no ha sido aniquilada, que no ha desaparecido, que no ha dejado de oponer resistencia; contra la burguesía cuya resistencia se ha intensificado.

De «Prefacio a la edición del discurso "Sobre cómo se engaña al pueblo con las consignas de libertad e igualdad"» (23 de junio de 1919)

El paso del capitalismo al comunismo llena toda una época histórica. Mientras esta época histórica no finalice, los explotadores siguen inevitablemente abrigando esperanzas de restauración, *esperanzas* que se convierten en *tentativas* de restauración. Después de la primera derrota seria, los explotadores derrocados, que no esperaban su derrocamiento ni creían en él, que no aceptaban ni siquiera la idea de que pudiera producirse, se lanzan con energía decuplicada, con pasión furiosa y odio centuplicado a la lucha por la restitución del «paraíso» que les ha sido arrebatado, en defensa de sus familias, que antes disfrutaban de una vida tan dulce y a quienes la «chusma del populacho vil» condena a la ruina y a la miseria (o al «simple» trabajo . . .).

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre — noviembre de 1918)

. . . en toda transición del capitalismo al socialismo, la dictadura es necesaria por dos razones esenciales o en dos sentidos principales. En primer término, no es posible vencer y desarraigar el capitalismo sin aplastar implacablemente la resistencia de los explotadores, que no pueden ser pri-

vados de golpe de sus riquezas, de sus ventajas en cuanto a organización y conocimientos, y, en consecuencia, tratarán inevitablemente, durante un período de tiempo bastante prolongado, de derrocar el Poder de los pobres, odiado por ellos. En segundo término, toda gran revolución y, particularmente, una revolución socialista, incluso cuando no existe una guerra exterior, no se concibe sin guerra interior, es decir, sin guerra civil, que significa una ruina aún mayor que la ocasionada por una guerra exterior, significa millares y millones de casos de vacilaciones y de saltos de un campo a otro, significa un estado de terrible incertidumbre, desequilibrio y caos. Y naturalmente, todos los factores de descomposición de la sociedad vieja, fatalmente muy numerosos y ligados sobre todo a la pequeña burguesía (pues es a ésta a la que toda guerra y toda crisis arruinan y aniquilan en primer término), no pueden dejar de «hacer acto de presencia» en una conmoción tan profunda. Y estos factores de descomposición *no pueden* «hacer actc de presencia» más que por un aumento de la criminalidad, del bandidaje, del soborno, de la especulación y de toda clase de excesos. Para acabar con todo esto se requiere tiempo y *hace falta una mano de hierro.*

La historia no conoce ninguna gran revolución en la que el pueblo no lo sintiera instintivamente y no manifestara su firmeza salvadora fusilando a los ladrones en el acto. La desgracia de las revoluciones anteriores consistía en que el entusiasmo revolucionario de las masas, que las mantenía en un estado de tensión y les daba las energías necesarias para aplicar implacablemente la represión contra los elementos de descomposición, no duraba mucho tiempo. La causa social, o sea de clase, de esta inestabilidad del entusiasmo revolucionario de las masas residía en la debilidad del proletariado, *único* capaz (cuando es bastante numeroso, consciente y disciplinado) de atraerse a la *mayoría* de los trabajadores y explotados (la mayoría de los pobres, empleando un término más sencillo y popular) y de mantenerse en el Poder el tiempo suficiente para aplastar por completo a todos los explotadores y a todos los elementos de descomposición.

Esta experiencia histórica de todas las revoluciones, esta lección — económica y política — de alcance histórico-universal, ha sido confirmada por Marx en su fórmula breve, aguda, precisa y brillante: dictadura del proletariado.

De «Las tareas inmediatas del Poder Soviético» (Marzo — abril de 1918)

Nuestra tarea consiste en derrotar toda la resistencia de los capitalistas, no sólo militar y política sino también ideológica, la que es la más profunda y la más poderosa.

De «Discurso en la Conferencia de administraciones de educación política de los departamentos provinciales y distritales de educación popular de toda Rusia» (3 de noviembre de 1920)

El oportunismo de nuestros días, personificado por su principal representante, el ex marxista C. Kautsky, cae de lleno dentro de la característica de la posición *burguesa* que traza Marx y que hemos citado, pues este oportunismo circunscribe el terreno del reconocimiento de la lucha de clases al terreno de las relaciones burguesas. (¡Y dentro de este terreno, dentro de este marco, ningún liberal culto se negaría a reconocer, «en principio», la lucha de clases!) El oportunismo *no extiende* el reconocimiento de la lucha de clases precisamente a lo más fundamental, al período de *transición* del capitalismo al comunismo, al período de *derrocamiento* de la burguesía y de completa *destrucción* de ésta. En realidad, este período es inevitablemente un período

de lucha de clases de un encarnizamiento sin precedentes, en que ésta reviste formas agudas nunca vistas, y, por consiguiente, el Estado de este período debe ser inevitablemente un Estado democrático *de manera nueva* (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial *de manera nueva* (contra la burguesía).

Además, la esencia de la teoría de Marx sobre el Estado sólo la asimila quien haya comprendido que la dictadura *de una* clase es necesaria, no sólo para toda sociedad de clases en general, no sólo para *el proletariado* después de derrocar a la burguesía, sino también para todo *el período histórico* que separa al capitalismo de la «sociedad sin clases», del comunismo. Las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente diversas, pero su esencia es la misma: todos esos Estados son, bajo una forma o bajo otra, pero, en última instancia, necesariamente, una *dictadura de la burguesía.* La transición del capitalismo al comunismo no puede, naturalmente, por menos de proporcionar una enorme abundancia y diversidad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: *la dictadura del proletariado.*

De «El estado y la revolución» (Agosto —septiembre de 1917)

SÓLO EL APLASTAMIENTO IMPLACABLE DE LA RESISTENCIA DE LOS EXPLOTADORES PUEDE VENCER AL CAPITALISMO Y DESARRAIGARLO

La dictadura es un poder que se apoya directamente en la violencia y no está sometido a ley alguna.

La dictadura revolucionaria del proletariado es un poder conquistado y mantenido mediante la violencia ejercida por el proletariado sobre la burguesía, un poder no sujeto a ley alguna.

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre — noviembre de 1918)

La revolución proletaria húngara abre los ojos hasta a los ciegos. En Hungría la forma de la transición a la dictadura del proletariado es totalmente distinta de la de Rusia: dimisión voluntaria del gobierno burgués, restablecimiento inmediato de la unidad de la clase obrera, de la unidad del socialismo *sobre la base de un programa comunista.* La esencia del Poder soviético se perfila ahora con mucha más claridad: ningún otro Poder, que contase con el apoyo de los trabajadores, con el proletariado a su frente, sería posible actualmente en el

mundo, fuera del Poder soviético, fuera de la dictadura del proletariado.

Esta dictadura supone el empleo de la violencia, implacablemente severa, rápida y decidida, para aplastar la resistencia de los explotadores, de los capitalistas, de los terratenientes y de sus secuaces. Quien no lo haya comprendido no es un revolucionario y hay que apartarlo de la dirección o del puesto de consejero del proletariado.

Pero la esencia de la dictadura del proletariado no reside sólo en la violencia, ni principalmente en la violencia. Su esencia fundamental reside en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente: el proletariado. Su objetivo es construir el socialismo, suprimir la división de la sociedad en clases, convertir a todos los miembros de la sociedad en trabajadores, destruir la base sobre la que descansa toda explotación del hombre por el hombre. Este objetivo no puede alcanzarse de un golpe; ello exige un período de transición bastante largo del capitalismo al socialismo, tanto porque reorganizar la producción es empresa difícil, como porque se necesita tiempo para introducir cambios radicales en todos los dominios de la vida y porque la enorme

fuerza de la costumbre de dirigir de un modo pequeñoburgués y burgués la economía, sólo puede superarse en una lucha larga y tenaz. Precisamente por esto, habla Marx de todo un período de dictadura del proletariado como período de transición del capitalismo al socialismo.

De «Un saludo a los obreros húngaros»
(27 de mayo de 1919)

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO ES UN MILLON DE VECES MAS DEMOCRATICA QUE LA MAS DEMOCRATICA DE LAS REPUBLICAS BURGUESAS

La democracia proletaria es *un millón de veces* más democrática que cualquier democracia burguesa. El Poder soviético es un millón de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas.

Para no advertirlo es preciso ser un servidor consciente de la burguesía o un hombre políticamente muerto del todo, al que los polvorientos libros burgueses le impiden ver la vida tal como es y que está impregnado hasta la médula de prejuicios democrático-burgueses, por lo que objetivamente se ha convertido en lacayo de la burguesía.

Esto sólo podía escapársele a un hombre incapaz de *plantear la cuestión* desde el punto de vista de las clases *oprimidas*:

¿Hay un solo país del mundo, entre los países burgueses más democráticos, donde el obrero *medio, de la masa, el bracero* medio, de la masa, o el semiproletario del campo en general (es decir, el hombre de la masa oprimida, de la inmensa mayoría de la población) goce, aunque sea aproximadamente, de la *libertad* de celebrar sus reuniones en los mejores edificios; de la *libertad* de disponer para expresar sus ideas y defender sus intereses, de las imprentas más grandes y de las mejores reservas de papel; de la *libertad* de enviar hombres de su clase al gobierno y para «poner en orden» el Estado, como sucede en la Rusia Soviética?

Es ridículo pensar siquiera que el señor Kautsky pueda hallar en ningún país un obrero o un bracero entre mil, que, puesto al corriente, dude al contestar a esta pregunta. Instintivamente, sin oir más que las confesiones fragmentarias de la verdad que se les escapan a los periódicos burgueses, los obreros de todo el mundo simpatizan con la República de los Soviets porque ven en ella la democracia *proletaria, la democracia para los pobres*, y no una demo-

cracia para los ricos, como en realidad es toda democracia burguesa, incluso la mejor.

Nos gobiernan (y «ordenan» nuestro Estado) funcionarios burgueses, parlamentarios burgueses y jueces burgueses. Esta es una verdad pura, evidente, indiscutible, que conocen por experiencia, que sienten y perciben cotidianamente decenas y centenares de millones de seres de las clases oprimidas de todos los países burgueses, incluso de los más democráticos.

En cambio, en Rusia se ha deshecho por completo el aparato burocrático, no dejando de él piedra sobre piedra, se ha echado a todos los antiguos magistrados, se ha disuelto el parlamento burgués y se ha dado a los obreros y a los campesinos una representación *mucho más accesible; s u s* Soviets han venido a ocupar el puesto de los funcionarios o *s u s* Soviets han sido colocados por encima de los funcionarios, *s u s* Soviets son los que eligen a los jueces. Este mero hecho basta para que todas las clases oprimidas proclamen que el Poder de los Soviets, es decir, esta forma de dictadura del proletariado, es un millón de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas.

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre — noviembre de 1918)

VIII. SIN LA DIRECCION DEL PARTIDO COMUNISTA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO ES IRREALIZABLE

Suprimir las clases no consiste únicamente en expulsar a los terratenientes y a los capitalistas — esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad —, sino también en *suprimir los pequeños productores de mercancías.* Pero a éstos *e s i m p o s i b l e e x p u l s a r l o s,* es imposible aplastarlos; *hay que entenderse* con ellos, se les puede (y se les debe) transformar, reeducar tan sólo mediante una labor de organización muy larga, lenta y cautelosa. Estos pequeños productores cercan al proletariado por todas partes del elemento pequeñoburgués, lo impregnan de este elemento, lo desmoralizan con él, provocan constantemente en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad, de atomización, de individualismo pequeñoburgueses, de oscilaciones entre la exaltación y el abatimiento. Son necesarias una

centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado para hacer frente a eso, para permitir que el proletariado ejerza acertada, eficaz y victoriosamente su función *organizadora* (que es su función *principal*). La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres, es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada, que «vencer» a millones y millones de pequeños patronos; estos últimos, con su actividad corruptora prosaica, invisible, inaprehensible, de todos los días, producen *los mismos* resultados que la burguesía necesita, que determinan *la restauración* de la misma. El que debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado (sobre

todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.

De «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo» (Abril — mayo de 1920)

Educando al partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, vanguardia capaz de tomar el poder y de *conducir a todo el pueblo* al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente y el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de organizar su propia vida social sin la burguesía y contra la burguesía. Por el contrario, el oportunismo imperante hoy educa en el partido obrero a los representantes de los obreros mejor pagados, que se apartan de las masas y se «arreglan» pasablemente bajo el capitalismo, vendiendo por un plato de lentejas su derecho de primogenitura, es decir, renunciando al papel de jefes revolucionarios del pueblo contra la burguesía.

De «El estado y la revolución» (Agosto — septiembre de 1917)

El marxismo nos enseña — y esta doctrina no sólo ha sido confirmada formalmente por toda la Internacional Comunista en la decisión de su II Congreso (1920) sobre el papel del partido político del proletariado, sino que lo ha sido también prácticamente por toda la experiencia de nuestra revolución — que sólo el partido político de la clase obrera, es decir, el Partido Comunista, está en condiciones de agrupar, educar y organizar a la vanguardia del proletariado y de todas las masas trabajadoras, la única capaz de contrarrestar las inevitables vacilaciones pequeñoburguesas de estas masas, las inevitables tradiciones y recaídas en la estrechez de miras gremial o en los prejuicios sindicales entre el proletariado y dirigir todo el conjunto de las actividades de todo el proletariado, esto es, dirigirlo políticamente y a través de él dirigir a todas las masas trabajadoras. Sin esto la dictadura del proletariado es irrealizable.

De «Proyecto inicial de resolución del X Congreso del P.C. de Rusia sobre la desviación sindicalista y anarquista en nuestro Partido» (Marzo de 1921)

INDICE

I. EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE TODA REVOLUCION ES EL PROBLEMA DEL PODER DEL ESTADO 1

El paso del Poder de manos de una a manos de otra clase es el primer rasgo, el principal, el fundamental de la revolución 1

Toda ley, todo elegido es cero si no posee el poder 3

El coronamiento de la misión revolucionaria del proletariado en la historia es la dictadura del proletariado 7

Marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado 9

II. HAY QUE LUCHAR POR DESTRUIR TODA LA VIEJA MAQUINA DEL ESTADO, PARA QUE EL MISMO PROLETARIADO ARMADO SEA EL GOBIERNO 14

Hace falta romper y destruir la máquina del Estado burgués 14

Hay que crear un nuevo aparato del Estado, un aparato del Estado de la dictadura del proletariado 23

El Estado burgués no puede sustituirse por el Estado proletario mediante la «extinción», sino sólo, como regla general, mediante la revolución violenta 25

III. LAS PROPIAS CLASES REACCIONARIAS SON, POR LO GENERAL, LAS PRIMERAS EN RECURRIR A LA VIOLENCIA, LA POSIBILIDAD DEL DESARROLLO PACIFICO DE LA REVOLUCION ES EXTREMADAMENTE RARA 28

La clase obrera preferiría tomar el poder pacíficamente, pero la burguesía no lo cede por su propia iniciativa 28

Un desarrollo pacífico de la revolución es posible sólo cuando las armas están en manos del pueblo y éste está libre de todo constreñimiento exterior 35

En la Revolución de Octubre, la violencia revolucionaria produjo brillantes éxitos 40

IV. HAY QUE UTILIZAR EL PARLAMENTO BURGUES EN EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO, LIMITAR LA LUCHA DE CLASES A LA LUCHA DENTRO DEL PARLAMENTO SIGNIFICA DE HECHO PASARSE AL LADO DE LA BURGUESIA 44

Denunciar el engaño de la burguesía desde la tribuna del parlamento y educar a las amplias masas 44

Creer que primero se debe conquistar la mayoría en las votaciones y sólo después conquistar el Poder, esto es el colmo de la estulticia o de la hipocresía 48

V. HAY QUE APROVECHAR TODA POSIBILIDAD DE OBTENER UN ALIADO DE MASAS 54

Una condición indispensable de la victoria de la revolución socialista es la alianza de los obreros y los campesinos 54

Es necesario unir el empuje revolucionario de los proletarios de los países capitalistas con el de los centenares de millones de seres de las colonias 58

Hay que utilizar con la mayor solicitud, minuciosidad, prudencia y habilidad, toda «grieta» entre los enemigos, y aprovechar igualmente toda posibilidad de obtener un aliado de masas 60

No renunciar a compromisos de una vez por todas, sino saber, a través de los compromisos necesarios, consolidar y desarrollar la causa de la revolución 64

VI. LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO ES UNA DE LAS CONDICIONES PRECISAS PARA OBTENER LA VICTORIA DE LA REVOLUCION PROLETARIA 68

La discrepancia entre el revisionismo y el marxismo reside precisamente en la oposición entre la revolución pacífica y la revolución violenta 68

Una vez vencido el revisionismo, se puede ganar a las masas obreras, se puede llevar al pueblo hasta la dictadura del proletariado 75

VII. SOLO LA DICTADURA DEL PROLETARIADO PUEDE REALIZAR LA TRANSICION DEL CAPITALISMO AL COMUNISMO 78

La dictadura del proletariado no es la terminación de la lucha de clases, sino su continuación bajo nuevas formas 78

Sólo el aplastamiento implacable de la resistencia de los explotadores puede vencer al capitalismo y desarraigarlo 84

La dictadura del proletariado es un millón de veces más democrática que la más democrática de las repúblicas burguesas 86

VIII. SIN LA DIRECCION DEL PARTIDO COMUNISTA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO ES IRREALIZABLE 89

5,

列宁論无产阶級革命和
无产阶級專政

外文出版社出版(北京)
1960年11月第一版
編号：(西)3050—405